

Introducción

Escuchar cantos y cuentos ha despertado en mí un particular interés desde muy temprana edad. Esa profunda afinidad con la música y con la literatura oral fue el motivo primero que me impulsó a emprender este proyecto de investigación. De forma paralela, la constante inquietud sobre el fenómeno de desplazamiento forzado que había convertido a Colombia en un país marcado por el destierro ocupaba recurrentemente mis reflexiones y cuestionamientos sobre esa temática. Por coincidencia, o tal vez “porque así lo quiso el destino”, empecé a adentrarme en el territorio de la oralidad y a escuchar con trémulo asombro cantos y cuentos que relataban despojos y desplazamientos forzados. Ese fue mi primer acercamiento a las líricas campesinas, en las que descubrí que las voces que escuchaba provenían no solo de individuos, hombres y mujeres, sino de colectividades, quienes a través de esas melodías cantaban y contaban sus experiencias del destierro. Es admirable y fascinante confirmar que la producción oral en Colombia, así como en muchos otros países latinoamericanos, es abundante, rica y espléndidamente variada. La oralidad y la lírica musical son parte del acervo cultural, un legado heterogéneo y diverso. Esas voces se han constituido en lugar enunciativo desde donde se recuperan diversas memorias: históricas, campesinas, étnicas, ecológicas, entre muchas otras. De manera simultánea, es a través del ámbito de la oralidad en donde se sistematizan procesos comunitarios y colectivos sobre la construcción de paz, incluso en medio de los desafiantes escenarios de confrontación.

Si bien el fenómeno del desplazamiento forzado en Colombia se ha exacerbado en la última década a lo largo y ancho de todo el país, lo han experimentado con mayor dureza las poblaciones rurales. Los desplazamientos forzados están estrechamente relacionados con el ejercicio del control y poder territoriales. No son solamente los actores armados, quienes tienen una responsabilidad ante las situaciones del despojo, sino también las aparentes estrategias de desarrollo han acarreado el desplazamiento forzado de algunas poblaciones rurales. El contexto actual, la creciente extensión de monocultivos de palma de aceite, ha transformado gran parte del paisaje agrícola en las diversas regiones y ha incidido en el desarraigo de los asentamientos rurales. Si bien la migración interna forzada ha caracterizado parte de la dinámica sociopolítica en la historia del país, sus causas son múltiples y han ido cambiando durante las décadas del conflicto armado e imponiendo patrones de violencia que son sensiblemente distintos entre el espacio rural y el espacio urbano. De acuerdo con Ana María Ibáñez (2008), los actores armados han usado el desplazamiento forzado como una forma de violencia deliberada. En el contexto colombiano, tal desplazamiento es una estrategia efectiva para ejercer el control y el dominio territoriales, usurpar activos valiosos y explotar los recursos naturales. La otra estrategia es evitar la resistencia civil, que es lo que viene sucediendo con mayor intensidad, tras la firma del Acuerdo de Paz en 2016.

La literatura que documenta la dinámica, las causas y la intensidad del desplazamiento es copiosa. Asimismo, las narrativas sobre *los desplazados* han sido y siguen siendo consignadas, en su gran mayoría, en el universo ficcional. En la literatura escrita, personajes de diversa índole narran las experiencias del destierro; algunos títulos como *El día del odio* (1952), de José Antonio Osorio, *Los parientes de Ester* (1978), de Luis Fayad, u obras más recientes como *La multitud errante* (2003), de Laura Restrepo, son producto de esta temática del desarraigo en la literatura. Otros autores como Alfredo Molano, en obras como *Siguiendo el corte: relatos de guerras y de tierras* (1989), o Arturo Álape, en *Ciudad Bolívar: La hoguera de las ilusiones* (1995), recurren a la literatura testimonial para dar voz a las víctimas de la violencia. Mientras la producción escrita sobre el desplazamiento forzado como fenómeno ha ganado gran despliegue, sea en el marco de análisis sociológico o

político o en la creación ficcional, la literatura oral producida en los diversos contextos de la guerra ha quedado, en su mayoría, desatendida o poco estudiada. Asimismo, se desconoce que esos relatos orales tematizan no solo el desplazamiento forzado, sino que también contienen imaginarios del retorno a los territorios.

Incontables son las historias que surgen, especialmente en los espacios rurales, sobre las formas como el desplazamiento ha transformado e impactado la cultura comunitaria y campesina. Una extensa variedad de literatura oral, como el canto, la décima, los romances, las coplas, la poesía popular, entre otras, ha sido la herramienta primera del relato rural. Las comunidades que enfrentan el desplazamiento consignan experiencias y saberes en la literatura oral, que por su fuerza e inmediatez ha prevalecido a la escritura. Estas formas de la literatura oral proveen una visión de mundo en cuyos relatos no solo se muestran las dinámicas internas de las poblaciones, sino que revelan historias alternativas y, al mismo tiempo, subalternas. Además, la tradición oral constituye un pilar para la comprensión de los significados sociales, políticos y culturales que caracterizan el ambiente rural y campesino. Las manifestaciones orales que surgen desde las poblaciones campesinas recogen las cosmologías y los conceptos de espacialidad y temporalidad que han sido amenazados a causa de las confrontaciones. Por ello, no solo se encuentran consignadas las escenas y circunstancias del desplazamiento forzado, sino que se reconstruye la perspectiva futura del retorno y se recupera la historia comunitaria, el pasado y el origen.

Ese es el caso de las composiciones inéditas que he recolectado para este estudio, en las que a través del canto se narran los procesos de desplazamiento forzado ocasionados por la industria de la palma de aceite en Colombia durante las últimas dos décadas. Comunidades de pescadores y campesinos de los litorales del Atlántico y del Pacífico le cantan al ayer, al hoy y al mañana; recuperan temporalidades míticas que recrean en la melodía vallenata o en el rap —o en otros ritmos— y reproducen en los cantos nuevos significados del habitante rural, de la tierra y del territorio. Este análisis abarca el periodo a partir de la segunda mitad de la década de los años 1990 hasta finales del año 2018 y examina las acciones locales y comunitarias que inciden en la transformación del conflicto, la construcción de espacios de paz

y la reafirmación de la subjetividad comunitaria. El análisis consta de dos ejes: el primero investiga qué mecanismos y estrategias emplean las poblaciones rurales para retornar a sus territorios de origen. El segundo examina la dimensión política de la música en los procesos de desplazamiento y retorno. Las comunidades de enfoque son Las Pavas y El Garzal, de la zona del Caribe colombiano, y las comunidades afrodescendientes de las zonas humanitarias¹ de la región del Pacífico. Estas comunidades han experimentado consecuencias devastadoras, en concreto, la usurpación de tierras destinadas a los monocultivos de palma de aceite. Se trata de un análisis complementario que busca, por un lado, explorar cómo se reconstruyen los procesos de desarraigo y la representación de la historia comunitaria, y asimismo cómo se plasman los significados culturales de la naturaleza, de la tierra y el territorio en la producción oral y musical campesinas. Por otro lado, examina qué respuestas y propuestas nacen en los ámbitos comunitarios y cómo gestionan las comunidades diversos recursos, culturales, sociales y económicos, para hacer posibles los retornos. Estos dos ejes integran una reflexión complementaria que es útil para poder visibilizar los procesos de retorno y lucha por el territorio que llevan a cabo estas tres comunidades mencionadas. Estas reflexiones intentan ser un aporte para la inclusión de las gestiones comunitarias en el contexto actual del país y en la construcción de paz. La transformación hacia la convivencia en el espacio rural exige la inclusión y el reconocimiento de las comunidades campesinas, sus saberes, sus conocimientos y

-
1. Las zonas humanitarias son espacios de reasentamiento poblacional en la región del Pacífico colombiano. La organización Justicia y Paz, que acompaña el proceso de esas comunidades, define las zonas Humanitarias y las zonas de biodiversidad de la siguiente manera: “Las Zonas Humanitarias y las Zonas de Biodiversidad son lugares específicos de protección de la vida en el territorio. Las Zonas Humanitarias son lugares perfectamente visibilizados y habitados por un grupo humano que afirma sus derechos como población civil y cuyos miembros comparten libremente un Proyecto de Vida para defenderse de la militarización y de la confrontación armada. Las Zonas de Biodiversidad son áreas de protección y de recuperación de ecosistemas de Territorios Colectivos o privados y de afirmación del derecho a la alimentación de grupos familiares cuyos predios han sido arrasados o están en riesgo de ser destruidos por agronegocios, obras de infraestructura, o explotación de recursos naturales” (Bouley y Rueda 2009: 3).

su ineludible participación en la toma de decisiones sobre los bienes naturales.

En el proceso de selección de los casos a estudiar una condición imprescindible era que fueran exclusivamente comunidades rurales. Aunque también se encuentran procesos de migración forzada en las ciudades, no se puede constatar que los procesos de retorno comunitarios sean duraderos. Los procesos de dispersión y pérdida de la identidad comunitaria fuera del hábitat lugareño impiden la cohesión colectiva de las poblaciones. Otro criterio importante fue registrar las dinámicas comunitarias en relación a los cultivos de palma. Por un lado, en la región del Pacífico han venido ocurriendo diversos episodios de violencias y masacres, especialmente hacia la población afrodescendiente. Este hecho se ha recrudecido en los primeros meses del año 2017 y, con mayor intensidad, tras la entrada en vigencia del Acuerdo de Paz firmado en el 2016.² Los atropellos contra los afrocolombianos en el paro de Buenaventura fueron una muestra más de esa situación. Además, existe aún un proceso legal en que se denuncia a empresarios palmeros por ocupar territorios colectivos de las comunidades afrocolombianas. Por otro lado, en la zona del Atlántico se han incrementado excesivamente los cultivos de la palma de aceite y existen diversos procesos de resistencia local. Un tercer criterio —indispensable— era examinar comunidades que hayan sido afectadas por los cultivos de palma de aceite a larga escala. En este sentido, se consideraban varios niveles de desterritorialización, que van desde la amenaza del desplazamiento y el desplazamiento de hecho hasta el retorno al territorio. Estos tres criterios anteriores hubieran sido insuficientes para los propósitos de este estudio si no se hubiesen elegido comunidades que poseen material narrativo y/o musical relacionado con la problemática de los monocultivos de aceite de palma, pues esta última condición es absolutamente necesaria porque solo así es posible escudriñar a fondo la reconstrucción y representación de las realidades sociales a través de la creación lírica. En este estudio se opta por el uso del término ‘agro-

2. Para contextualizar la situación de los pueblos afrocolombianos en el Pacífico, se puede consultar Melva (2016).

combustible³ y no ‘biocombustible’, pues el prefijo ‘agro-’ se relaciona con la actividad agrícola y su uso en la industria de carburantes.

Comparto con Adrián F. Freja de la Hoz, en su publicación *La literatura oral en Colombia. Romances, coplas y décimas en el Pacífico y el Caribe colombianos* (2015), que la literatura oral ha quedado al margen de la historia colombiana. Las diferentes expresiones orales de los espacios locales, especialmente aquellas de las zonas rurales, han sido desvirtuadas de injusta manera. Como este autor afirma, “la noción de literatura adoptada en las historias, teorías y críticas literarias en Colombia ha estado mediada siempre por la tradición letrada” (Freja 2015: 13). Los estudios académicos han dado primacía a la literatura escrita, olvidando —deliberadamente— que existe un importante legado cultural presente y preponderante en el terreno de la oralidad. Así es que gran parte de las composiciones que emergen de los espacios rurales locales están aún por ser exploradas e incluidas en la historia y en la construcción de la nación colombiana pluriétnica y multicultural. La producción musical de las comunidades campesinas —objeto de este estudio— no solo revela historias inéditas de nuestro pasado colombiano, sino que contiene huellas imprescindibles para conocer esa Colombia que ha estado ausente. Sin ser ajenas a los procesos de una globalización imperante, esas manifestaciones líricas y musicales participan en la reestructuración y en el intercambio de lenguajes que componen el conjunto semiótico de los contextos lugareños del campo, en donde surgen.

En el proceso de transición hacia la convivencia pacífica que se ha estado negociando en la sociedad colombiana, en especial, durante los últimos cuatro años, se hace ineludible redescubrir la Colombia rural. En consecuencia, es necesario dar voz a los habitantes del campo, reconocerlos, comprender qué están reivindicando y cuáles son

3. El uso del prefijo ‘bio’ se utiliza para indicar productos cuyo proceso de producción se basa en métodos ecológicos. El material combustible, que en su gran mayoría, proviene de productos agrícolas cultivados a gran escala a partir de la materia prima vegetal no es acorde con los métodos de producción ecológica, por lo tanto el uso del prefijo ‘bio’ es erróneo. Por agrocombustible se entiende, en esta investigación, los productos agrícolas que han sido sembrados en extensiones de monocultivos, especialmente de palma de aceite, y que están destinados a ser utilizados para la producción de combustibles energéticos.

sus valoraciones del territorio; en suma, conocer sus prácticas locales. Si bien las historias de rupturas y desplazamientos, hasta ahora dominantes en el universo de las literaturas en Colombia, nos acercan al contexto del desarraigo, no siempre abordan la reconstrucción comunitaria ni tematizan las acciones colectivas emprendidas para retornar a los territorios. Por el contrario, en las composiciones musicales sí se relatan esos anhelos y se convierten, justamente, en ese puente vehicular de transición y comunicación social. La producción oral y musical induce a desenmarañar no solo conceptos, sino también afectos vinculados con la construcción cultural colectiva en la ruralidad. Asimismo, incitan a develar conocimientos y saberes locales sobre la naturaleza y la cultura rural. En este sentido, esos cantos inéditos que relatan las vivencias colectivas, el desplazamiento forzado y la utopía del retorno —tanto en estas comunidades como en otras que no se incluyen en este estudio— se convierten en signo y significado a la vez. Por un lado, son signos porque están anclados dentro de un contexto general en el cual su función estética es representar musicalmente la visión del mundo de las comunidades. En este caso específico, la música vallenata no cumple una función puramente representativa de una realidad específica, sino que devela el sentir y lo que es emotivamente relevante para la memoria cultural e histórica propia de ámbitos rurales, en este caso, ruralidades de los litorales. Por otro lado, esas composiciones son portadoras de nuevos significados, o significados modificados, ya que la relación entre las composiciones y el mundo extra artístico configura un conjunto heterogéneo de sentido. Allí se conjuga la estructura sonora no verbal con los textos líricos, reproduciendo así el *mundo de sentido* que caracteriza a las poblaciones locales.

Oscar Hernández Salgar (2016) llama a esos conjuntos heterogéneos “ensamblajes multimodales”. Esta referencia conceptual es un valioso aporte para situar el análisis musical, o, más específicamente, a las prácticas sonoras dentro de un conjunto de lenguajes en cuya matriz existe un campo de fuerzas y significados que se encuentran, y donde el eje musical “como cualquier otro medio expresivo tiene la capacidad de generar significados. Más aún tiene la capacidad de privilegiar unos significados por encima de otros, y éste solo hecho la convierte en instrumento político” (Hernández, 2016: 43)

Si aceptamos que el canto opera como instrumento para la acción política local, es necesario comprender de qué manera la obra estética musical guarda una relación con el contexto extra artístico y, por tanto, cómo puede la música asumir una connotación política que modifique o cuestione las formas de poder establecido. El presente análisis está guiado a partir de ese interrogante y se propone indagar la dimensión política de los cantos surgidos en el contexto comunitario que emergen como reto a los impactos de la industria de palma de aceite en Colombia; de igual manera, investiga qué significados privilegian esas composiciones y cuáles inducen a acciones de empoderamiento de las comunidades. Las hipótesis que plantea este estudio son por una parte, que la música producida en los contextos rurales contemporáneos canaliza la reconstrucción sociocultural colectiva y dota de nuevos significados tanto a la cultura local como a la naturaleza del *lugar*. Y por la otra, que la música de los entornos rurales recrea sensaciones y afectos que se emparentan con acciones de reivindicación por el territorio y tienen efectos en la distribución de las relaciones de poder con incidencia social y política.

El vínculo entre las acciones políticas y las emociones ha sido especialmente estudiado en Colombia por Peter Wade, Ana María Ochoa y Óscar Hernández. Si bien estos análisis constituyen meritorias contribuciones para la comprensión del significado de lo musical en lo político, mi propuesta aquí se orienta más hacia la necesidad de explorar cómo las prácticas sonoras y las manifestaciones orales nacidas *de y desde localidades rurales* construyen epistemologías alternativas en cuyos discursos se perfilan nuevas formas de participación política y de empoderamiento. En este caso específico, esa participación, por una parte, tiene que ver con la reivindicación de ontologías y significados locales para relacionarse con la naturaleza, la comunidad y la sociedad y, por otra, se cristaliza en el diseño de estrategias de gobernanza de la tierra y el territorio desde el acervo comunitario.

Por tratarse de un estudio interdisciplinario, lo que se busca es poder hacer uso de planteamientos de diferentes ámbitos. Respecto a las proposiciones desde los estudios culturales, se toman aportes de autores como Homi K. Bhabha, Jesús Martín Barbero, Eduard Said y Stuart Hall, entre otros. Atendiendo a lo planteado por Stuart

Hall y Mellino (2011)⁴ sobre la labor de los estudios culturales, en específico, en lo que se refiere a la complejidad para comprender las relaciones entre cultura y poder, este estudio opta intencionalmente por no convertirse en un análisis mono-dimensional. Si bien las teorías sobre conflicto armado y recursos naturales brindan algunos aportes respecto a la duración del conflicto (Ross 2003) y a la participación de los recursos en la financiación del conflicto (Collier y Hoeffler 1998), carecen de elementos decisivos para explicar la relación entre desplazamiento forzado y recursos naturales, en este caso, los monocultivos de aceite de palma en Colombia. Este análisis se sustenta, particularmente, en los planteamientos sobre conflictos socioambientales y retoma contribuciones significativas de la ecología política, como, por ejemplo, las formas de valoración de la naturaleza propuestas por Joan Martínez Alier, así como también los aportes de Arturo Escobar respecto a la cultura ecológica y los significados de lo local en contraposición a lo global. Se abordan de igual forma los planteamientos sobre manejo y transformación de conflictos que aporta John Paul Lederach; conceptos como “la genialidad artística” y “la sanación social” (“the artist’s genius and the social healing”) amplían el análisis desde la perspectiva cultural. Este autor brinda un marco de análisis fundamental para analizar la función de la creatividad artística —musical— en la construcción de la paz.

Tal como viene sucediendo actualmente, en gran parte del hemisferio sur, las plantaciones de larga escala imponen modelos de producción que afectan las dinámicas de economía regional, inciden en los patrones de organización social y transforman, abruptamente, las culturas locales. Los monocultivos de aceite de palma han crecido de manera exponencial, causando fuertes impactos en distintas regiones tropicales en América Latina, Asia y África. Muchos estudios insisten en que el aceite de palma tiene ventajas comparativas en términos de

4. Los estudios culturales, como señala Eduardo Restrepo (s. f.) no son “solo estudios”, son algo más, porque están orientados hacia una acción transformadora del mundo, es decir, se interrogan por el para qué y por ello no atienden solo a planteamientos teóricos, sino que están articulados con las complejas realidades y contextos.

rentabilidad y utilidad, lo que lo ha convertido en el aceite vegetal usado en diversas industrias. Así, se puede encontrar como parte de los ingredientes más usados a nivel mundial en la industria de alimentos, como materia prima de la industria de cosméticos, como componente importante en la industria de transporte y, pese a lo controvertido de sus efectos medioambientales, sigue siendo promovido en la industria energética para producir biodiésel: los llamados agrocombustibles. Las grandes extensiones de tierra que demanda la producción de aceite de palma a larga escala reproduce los sistemas de concentración de tierra en pocas manos y, por sus características, se podría enmarcar en lo que se conoce como fenómeno global de usurpación de tierras (Haller *et al.* 2019). En este contexto, la palma de aceite que se produce en Colombia ha estado destinada específicamente para producir biodiésel. Las políticas energéticas diseñadas por el gobierno colombiano, especialmente a partir del 2000, han apostado por camino de la agroindustria. Por ser un cultivo de larga extensión, la palma de aceite afecta sensiblemente la diversidad de cultivos locales y tradicionales, y exagera las proporciones asimétricas, ya existentes, en los patrones de distribución agrícola. En Colombia, el monocultivo de palma de aceite se ha promovido como programa gubernamental en varias administraciones y, tras una historia de transformaciones como entidad, la Federación Nacional del Cultivadores de Palma de Aceite (FEDEPALMA) se institucionalizó como gremio líder en el país. La implementación de los cultivos se introdujo de forma sistémica con diferentes niveles de intensidad en cuatro de las cinco regiones geográficas del país, como se verá posteriormente. En el ámbito nacional, los efectos de los monocultivos de palma de aceite se perciben en las dinámicas de producción y de consumo que se derivan de la actividad agrícola. En términos locales se manifiestan en los impactos sociopolíticos, ambientales y económicos que alteran la vida de muchas poblaciones rurales; en muchos casos la producción de palma de aceite a larga escala guarda una relación directa con el desplazamiento forzado⁵ de las poblaciones, como se tiene evidencia en Las Pavas y Maria Baja, departamento de Bolívar;

5. En otros sitios de América Latina la agroindustria se puede ver en plantaciones extensas de caña de azúcar y de soja, entre otras.

Cuencas del Curvaradó, departamento del Chocó; San Martín, departamento del Cesar; Zona Bananera, departamento de Magdalena, entre otros (Goebertus, 2008, Hurtado *et al.*, 2017).

La expansión de cultivos agroindustriales de palma de aceite tanto en Colombia como en otros países del Sur Global —en Asia: Malasia, Indonesia y Tailandia; en África: Nigeria y Costa de Marfil; en América Latina: Honduras, Costa Rica, Guatemala y Nicaragua, entre otros— sigue abarcando vastas extensiones de tierra y generando fuertes impactos en las prácticas de uso y distribución de la tierra y el territorio.

Es preciso recalcar que las reflexiones de este análisis se apoyan en procedimientos metodológicos de investigación cualitativa. Durante mis visitas y mi estadía en los lugares donde habitan las comunidades seleccionadas, pude recolectar gran parte del material de estudio. Se llevó a cabo una estancia con los integrantes de las poblaciones, algo cercano a lo que se denomina “una etnografía”. En el caso de las comunidades del litoral pacífico, he permanecido menos tiempo en la región porque las condiciones de seguridad me lo impidieron debido a la presencia de actores armados. Eso no quiere decir que las conversaciones y los intercambios con los habitantes hayan sido menos intensos en esa zona, por el contrario, las entrevistas y gran parte de los relatos que grabé fueron fruto de largas conversaciones durante las caminatas por los senderos silvestres de las cuencas de Curvaradó y Jiguamiandó. Se trataba de una caminata ecuménico-ecológica que fue organizada por la Comisión Intereclesial de Justicia y Paz, y en la cual yo pude participar como visitante. Fue una semana de recorridos por varias de las zonas de la región y en la que participaron integrantes de otras comunidades campesinas, afrocolombianas e indígenas, incluso de diferentes zonas del país. También hubo presencia internacional, y delegados de organizaciones de Canadá, España y Estados Unidos se sumaron a las jornadas. En nuestro recorrido, paralelo a la verificación de cultivos de palma, en territorios colectivos también observamos cultivos de coca. No solo las visitas y las entrevistas con los campesinos o con miembros de organizaciones de acompañamiento forman parte de la estructura metodológica en que se sustenta esta reflexión, a ello se suman la indagación en documentos elaborados por las comunidades,

textos redactados por las organizaciones de base y acompañamiento, entrevistas con empleados del Ministerio de Agricultura en Bogotá, entrevistas a miembros de la Embajada Suiza en Colombia, artículos de prensa y documentos legales, especialmente en lo relacionado a la titulación de tierras. El análisis hubiera sido sesgado si no se hubiera tomado en cuenta al gremio FEDEPALMA, así que también se entrevistó a algunos empresarios palmeros. Realicé entrevistas con representantes de los directivos de ese gremio y consulté una cantidad suficiente del material que publican para escudriñar a fondo cuál es la narrativa que se construye desde esa otra perspectiva sobre la industria de la palma de aceite. Si bien el empleo de datos cuantitativos puede arrojar resultados novedosos, la complejidad que presentan los conflictos sobre recursos naturales requiere investigaciones más exhaustivas, por eso son necesarios estudios que indaguen acerca de la epistemología que fundamenta la acción comunitaria y sus acciones en defensa de los recursos naturales, especialmente en los países del Sur Global. En este análisis se emplean algunos datos secundarios, extraídos de estudios cuantitativos. Se utilizan especialmente cifras sobre los impactos medibles relacionados con el fenómeno del desplazamiento forzado y estadísticas sobre cultivos de palma.

El libro está compuesto de dos partes. En la primera se encuentran los capítulos I al IV. En el capítulo I se introduce el contexto global en el que se enmarca la producción de agrocombustibles provenientes del agro. Aquí se hace una traslación a lo que está sucediendo en la actualidad en los ambientes rurales en Colombia. En este sentido, se hace un énfasis especial sobre los aportes que podría hacer este trabajo en relación con el escenario de postconflicto que se ha empezado a gestar en el ambiente nacional. En esa misma línea se hace referencia al concepto del *buen vivir*, noción que caracteriza a las culturas andinas y que aparece en el Acuerdo de Paz de 2016, con el fin de visibilizar prácticas locales que han resguardado culturas de paz. Estas prácticas de y por la convivencia social deben empezar, ahora, a salir del mutismo; además, por haber sido opacadas por los preponderantes discursos sobre la violencia. En el capítulo II se encuentra una selección de planteamientos teóricos que desde la ciencia y la academia iluminan el

análisis y que conforman ese caleidoscopio transdisciplinario del que se alimenta toda la reflexión. Se toman consideraciones de los estudios culturales, así como también de los estudios de conflicto, conflicto socioambiental y de construcción de paz. En el capítulo III se presenta una reflexión sobre el arte musical, su función y representación en relación con la conflictividad y la construcción de la paz. Se narra el proceso de recolección de los cantos y se ofrece una tipología del corpus recolectado en las tres comunidades. Se hace una distinción que ilustra cómo las composiciones que emergen de contextos del conflicto mantienen espacios para narrar la convivencia, las prácticas comunitarias, la cohesión y las acciones colectivas, así como también los imaginarios del retorno. En este capítulo se expone un breve recorrido por los territorios musicales del vallenato en Colombia y la conquista del rap en territorios rurales, finalizando con algunas consideraciones sobre cómo se reproducen esos ritmos en los ambientes locales y comunitarios. Posteriormente, el capítulo IV se ocupa nuevamente del contexto nacional, pero en relación a la producción de agrocombustibles. En especial, se presenta en detalle la estrategia gremial y estatal que promueve la industria de palma de aceite en el contexto nacional de Colombia. Se brinda una reflexión sobre los lineamientos generales del panorama global, así como también el negocio de tierras y la situación energética en América Latina.

La segunda parte del libro se compone del capítulo V al VIII. En el capítulo V se presentan los tres casos que se seleccionaron: comunidad Las Pavas, comunidad El Garzal y las zonas humanitarias. En cada uno de ellos, se presenta una muestra de su producción musical, en la que se ilustra la problemática de la agroindustria. Se hace un análisis detallado sobre las singularidades y especificidades que el conflicto muestra en cada una de las comunidades; se exploran las características ambientales y sociales de cada uno de los casos. El capítulo VI ofrece un análisis comparativo que recoge las reflexiones de cada uno de los casos. A través de un ejercicio de comparación se distinguen, en primer lugar, las formas de recepción de la incursión de la palma, la composición de actores involucrados y los detonantes y catalizadores del conflicto. Se analizan de manera exhaustiva los diversos escenarios que se han construido en las acciones comunitarias y en las estrategias

de retorno, especificando las incidencias en la dimensión sociopolítica y cultural. En el capítulo VII, el corpus lírico es la fuente principal a través de la cual se examinan los significados, la experiencia y el sentido de los impactos ocasionados por la agroindustria palmera en el tejido social comunitario. Se analiza cómo en el canto se representan y se resignifican los efectos de la extensión de los monocultivos. El análisis del discurso lírico se realiza al establecer una analogía con las características del testimonio en la literatura. A partir de esa analogía, se propone que los cantos del corpus son manifestación de una lírica testimonial que reconstruye las categorías de valoración del acervo campesino y la ontología rural. El análisis lírico examina la simbología contenida en los cantos, en la que se reconfiguran conceptos de espacialidad, territorialidad y ancestralidad. En este sentido, las reflexiones conducen a articular las diferentes estrategias en las que las comunidades locales redefinen la subjetividad campesina y su relación con el proyecto nación. El capítulo VIII finaliza este estudio con reflexiones en torno a las incidencias en la transformación del conflicto derivadas de las estrategias y los mecanismos utilizados por las comunidades. Para finalizar aparecen las conclusiones y las aproximaciones sobre las especificidades del manejo del conflicto y la dimensión política de la música desde las acciones comunitarias.